

La mediación lingüístico-cultural en las Crónicas de la Conquista: reflexiones metodológicas en torno a Bernal Díaz del Castillo

Jesús Baigorri Jalón
Icía Alonso Araguás
Universidad de Salamanca

Las reflexiones que siguen tienen por objeto delimitar desde el punto de vista teórico y metodológico un problema histórico, para ver después cómo interrogamos a las Crónicas de la Conquista en tanto que fuentes históricas desde la perspectiva de nuestra época. La hipótesis de trabajo es que **la comunicación entre personas de diferentes lenguas y culturas** –como fue el caso de los europeos y los pueblos de los demás continentes del siglo XVI y no sólo de este siglo- que hubo de hacerse **a través de mediadores lingüísticos y culturales**, o sea, intérpretes, **fue una comunicación trunca, incompleta**. Tres son al menos los escollos con que nos topamos. Primero, la actividad del intérprete es eminentemente oral y gestual, mientras que las fuentes que nos quedan de aquella época son escritas. Segundo, los testimonios sobre la actividad interpretativa de aquella época son esencialmente indirectos, ya que no fueron los propios protagonistas de la interpretación quienes escribieron luego sus memorias y, aun cuando escribieran –caso de Huamán Poma de Ayala, que fue intérprete- no describieron su experiencia interpretativa. Tercero, las Crónicas, aunque muy variadas en su contenido y en su forma, tocan el tema de estudio, en el mejor de los casos, de manera tangencial.

Las Crónicas como fuente

Siguiendo las observaciones de Aróstegui (1995:336 y ss.), las Crónicas de la Conquista constituyen un material de primera mano o una *fuentes directa* –otra cosa es que haya que pasarla por el tamiz de la crítica, puesto que evidentemente no son neutrales- para el estudio de la historia de los acontecimientos que tuvieron lugar en los viajes, exploraciones y asentamientos de los europeos ultramar. En cambio, para el análisis de nuestro problema son *fuentes indirectas*, puesto que las más de las veces no nos informan explícitamente sobre el objeto de nuestro estudio. Enlazando con la observación que acabamos de hacer entre guiones, la crítica a la que hay que someter a las Crónicas deriva de que éstas son *fuentes testimoniales culturales*, y en cuanto tales constituyen “la memoria oficial de las sociedades... el reflejo del ‘imaginario’ que los componentes de un grupo construyen, de su *mentalidad e ideología...*” (ARÓSTEGUI, 1995:345).

Para abordar el estudio del problema histórico planteado se pueden utilizar otras *fuentes intencionales*, como las materiales (construcciones, estatuas...), en las que puede haber referencias a los intérpretes (pensemos en grabados y relieves en los que aparece Doña Marina interpretando para Hernán Cortés), y también, naturalmente, las *fuentes no intencionales*, particularmente la documentación *no testimonial* de las administraciones estatal y privadas, la documentación económica y jurídica, militar..., en la que también existen

referencias a la problemática de la mediación lingüística y cultural. Por ejemplo, las ordenanzas de los siglos XVI y XVII sobre las condiciones laborales y éticas de los intérpretes de las Audiencias o documentos militares en los que puede haber detalles sobre la paga del intérprete que acompañaba a las tropas.

Las *técnicas historiográficas* con las que se puede abordar la documentación a la que hemos hecho referencia son esencialmente *cualitativas* y podrán combinar la observación documental de los textos con técnicas filológicas y en su caso incluso con técnicas arqueológicas. Más difícil parece poder aplicar técnicas de investigación cuantitativas, salvo de una manera quizás excepcional en el caso de documentación fragmentaria, por ejemplo, de censos de intérpretes al servicio de la administración a lo largo de una serie de años.

Los cronistas

Amalgamando distintas definiciones podríamos decir que es el cronista es *un autor o compilador que tiene por oficio escribir las crónicas históricas*. En un mundo como el del siglo XVI no es trivial empezar diciendo que todos los *cronistas de Indias* tenían que saber escribir, ya que ése sería un primer rasgo distintivo en relación con la inmensa mayoría de la población de la época tanto en la *metrópolis* como en las *colonias*. Éste es un indicio de pertenencia a unos grupos sociales determinados y un primer condicionante de su enfoque. Todos escriben a través del prisma de la sociedad –y la clase e ideología- en la que se han educado.

Como señala Martinell, que ha utilizado la obra de 33 cronistas para su investigación (1992), buena parte de los que escribieron fueron religiosos u hombres de milicia (1992:48). La multiplicidad de procedencias conlleva la pluralidad de intenciones a la hora de redactar las crónicas y, por tanto, unos resultados que varían desde descripciones más o menos naturalistas de la geografía hasta relatos de etnografía y obras más propiamente históricas. Parte de los cronistas no se limitaron a narrar los acontecimientos, sino que los interpretaron para construir una determinada historia. Pero naturalmente no todos disponían del instrumental “científico” o metodológico para escribir obras rigurosas. Por ejemplo, el soldado que se pone a escribir no tiene por qué conocer el oficio de escritor. Algunos dieron el testimonio de los acontecimientos que presenciaron. Otros tuvieron informantes para reconstruir la historia de los lugares a los que llegaban. Hubo quien escribió sobre aquellos acontecimientos y territorios sin ni siquiera haber viajado nunca a las Indias. El prisma desde el que plantean es la visión “europea” del momento.

Los intérpretes

En las expediciones marítimas medievales tan importante como fondear para tomar agua era a veces *tomar lengua* con los habitantes locales. De ahí puede provenir la palabra “lengua”, que se utiliza comúnmente en las crónicas como equivalente de intérprete, igual que sucede en portugués (“língua”) (CASTILHO PAIS, 2000:17). No es inadecuada la denominación de “lengua” para el intérprete, habida cuenta de que en la transmisión de la *cultura* del colonizador tuvo mucha más importancia la oralidad que la lengua escrita, porque la mayoría

no sabía leer ni escribir y porque además buena parte de la transmisión fue “predicada” y la predicación, según la tradición evangélica, se hacía hablando. Así se entiende que Dios otorgara a los Apóstoles el don de lenguas, convirtiéndolos así en los primeros “intérpretes simultáneos” de la Historia y a Pentecostés en el primer “master” de interpretación simultánea conocido. El mediador era un pertrecho logístico que se tenía muy en cuenta en las expediciones a lugares desconocidos. Colón lo había aprendido de los portugueses y se llevó a Luis de Torres.

Nosotros vamos a tratar de ver en qué medida sirven las crónicas, y en particular la de Bernal Díaz del Castillo, para saber si los intérpretes cumplían los requisitos para poder llevar a cabo su labor adecuadamente, es decir: 1) conocer muy bien las lenguas y culturas de los interlocutores entre los que tiene que mediar; 2) conocer el tema sobre el que se está mediando; 3) saber interpretar; y 4) cumplir el requisito de neutralidad entre ambas partes.

Para quien esté interesado en la reconstrucción de esta labor de mediación lingüística, la crónica de Díaz del Castillo aparece como un pequeño microcosmos en el que se dan cita los distintos *tipos de intérpretes* que se encuentran también en otros lugares y momentos de la conquista. El interés de esta crónica y de la situación histórica que en ella se describe (la exploración y conquista de Nueva España) radica además en que la figura del intérprete no ha sido todavía institucionalizada –habrá que esperar hasta 1575 para ver a fray Diego González Holguín ejercer con su nombramiento oficial en el bolsillo–, lo que nos permite asistir “en directo” (en la medida en que nos lo autorizan las fuentes) a los primeros balbuceos interpretativos provocados por el encontronazo entre dos mundos que hasta entonces habían permanecido ignorantes el uno del otro.

Tras su llegada a Cuba en 1514, Bernal embarca primero en la expedición de Francisco Hernández de Córdoba con destino al Yucatán y, más tarde, en la nueva flota que Diego Velázquez envía a la misma zona en 1518. El panorama descrito en su *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* muestra con suficiente detalle y gran naturalidad la imperiosa necesidad de contar con intérpretes a medida que los expedicionarios amplían su terreno de acción y se adentran en la región. La expedición carece al principio de “lenguas” o intérpretes conocedores de los idiomas de autóctonos, el náhuatl y el maya, y la única comunicación posible se ve reducida a meros gestos y señas: “Llegados los indios con las cinco canoas cerca de nuestro navío, con señas de paz que les hicimos, llamándoles con las manos y capeándoles con las capas para que nos viniesen a hablar, porque no teníamos en aquel tiempo lenguas que entendiesen la del Yucatán y mexicana ...” (DÍAZ DEL CASTILLO, [1632] 2000:II, 66).

En los primeros encuentros, y aun después, más que de entendimiento en la comunicación entre indígenas y españoles cabría hablar de suposiciones y conjeturas, de asombro y estupor, de errores y confusiones por ambas partes: (...) y por señas nos dijeron que si veníamos de donde sale el sol, y las palabras... “Castilan, Castilan”, y respondimos por señas que de donde sale el sol veníamos. Y entonces paramos en las mientes y en pensar qué podía ser aquella plática, porque los de San Lázaro nos dijeron lo mismo; mas nunca entendimos al fin que lo

decían. (DÍAZ DEL CASTILLO, [1632] 2000: IV, 72). Los “lenguaraces” o “lenguas”, improvisados intérpretes de procedencia muy variada, se irán incorporando gradualmente a la expedición y, en la mayoría de los casos, no tendrán más remedio que aprender el oficio *in situ*. Pero con una dificultad añadida nada despreciable: las funciones que les fueron asignadas (guía y ojeador del terreno, emisario, consejero, mediador lingüístico y hasta intermediario diplomático) sobrepasaban con mucho las que hoy consideramos propias de un intérprete profesional. En estas circunstancias, y al menos durante las primeras etapas de su ejercicio, su cualificación profesional no parecía augurar, desde luego, una mediación lingüística de calidad. Veamos brevemente en qué condiciones desarrollaban su trabajo.

Los intérpretes en Nueva España. Procedencia y cualificación

Las distintas *figuras o estereotipos* de intérprete presentes en la crónica de Díaz del Castillo se encuentran también en otros escenarios de la Conquista y se repiten, como hemos señalado más arriba, en los trabajos de otros cronistas. Atendiendo a su procedencia social y cultural, cabe distinguir aquí hasta cuatro *tipos de intérprete* a lo largo de la campaña en Nueva España:

A. El indígena capturado por los conquistadores, como es el caso del indio Francisco, y el de Melchorejo y Julianillo.

El sistema de reclutamiento de intérpretes utilizado en las primeras etapas de la Conquista era ya habitual en las expediciones anteriores de españoles y portugueses a otras zonas geográficas: se trata de la captura sistemática y el rapto de todos aquellos indígenas considerados útiles para desempeñar tareas de guía, emisario y/o intérprete. Melchorejo y Julianillo, por ejemplo, se incorporan a la expedición a principios de marzo de 1517 (un mes después de la partida de la flota rumbo a Yucatán) en Punta de Cotoche, y acompañarán después a Cortés en sus viajes a La Florida y a Santiago de Cuba. Esta era, sin duda, una práctica conocida por la Corona, tolerada y justificada ante la urgencia con que las expediciones tenían que dotarse de intérpretes conocedores de las lenguas autóctonas. Y así queda recogido en la Capitulación de Francisco de Orellana de 13 de febrero de 1544: “No llevaréis ni consentiréis llevar en las barcas indios algunos naturales de parte alguna de las nuevas Indias y Tierra Firme si no fuera alguno para lengua y no para ningún otro efecto” (MARTINELL GIFRE, 1992:156).

La cualificación inicial de estos primeros intérpretes debió de ser nula, su desconocimiento de la lengua, de la cultura y del tema era absoluto en estos casos, y en cuanto a la técnica de la interpretación, las circunstancias les obligaron a iniciar de inmediato su tarea mediadora sin más rodaje ni adiestramiento que los que iba proporcionando la práctica cotidiana. Sus primeras actuaciones se redujeron a la comunicación por señas con los españoles, sus “principales”. Un obstáculo añadido fue, sin lugar a dudas, la extraordinaria variedad de lenguas que se encuentra en áreas relativamente pequeñas de territorio, lo que en ocasiones hacía inoperantes a los mediadores lingüísticos previstos y condenaba de nuevo a los españoles a la incomunicación (DÍAZ DEL CASTILLO, [1632] 2000:XXXVI, 152).

¿Y sobre la obligada neutralidad del intérprete hacia ambas partes? Melchorejo huyó de Cortés y aconsejó a los caciques “que diesen guerra de día y de noche” a los españoles...

B. Los propios soldados y/o marineros integrantes de la tropa, otro caso también extrapolable al resto de los territorios conquistados.

La crónica de Bernal es aquí extremadamente parca y únicamente menciona dos ejemplos, cuyos pormenores podrían ser completados por una investigación documental: se trata de un tal de Pilar y de Rodrigo de Castañeda, conocedor del náhuatl. No cabe aquí pronunciarse sobre su cualificación profesional sin disponer al menos de datos sobre su procedencia, aunque podemos sospechar que su situación debió de ser comparable a la de los indígenas que acabamos de mencionar, si bien con unas condiciones laborales bastante más llevaderas.

C. El indio culto, bilingüe y buen conocedor de la cultura y las costumbres de ambas sociedades.

Entre los intérpretes indígenas que se mencionan en la *Historia Verdadera*, doña Marina, una india de nobles orígenes que el cacique de Tabasco ofrece como obsequio a Cortés en marzo de 1519 junto a otras diecinueve muchachas, constituye un caso aparte y ya famoso en toda la literatura consagrada a este tema. Según las crónicas, hablaba a la perfección y “con gran elegancia” el náhuatl y el maya, lo que le permitía trabajar en *relay* con otro intérprete famoso de Hernán Cortés, Jerónimo de Aguilar: “(...) doña Marina sabía la lengua de Guazacualco, que es la propia de México, y sabía la de Tabasco; como Jerónimo de Aguilar, sabía la de Yucatán y Tabasco, que es toda una, entendíanse bien; y el Aguilar lo declaraba en castellano a Cortés ...” (DÍAZ DEL CASTILLO, [1632] 2000:XXXVII, 157). Pero aportaba además un buen conocimiento de las culturas y de las sociedades para las que interpretaba, y estrechos contactos con los caciques de la zona, de modo que tanto su visión de la tarea que realizaba como la calidad de su trabajo debieron de ser significativamente distintas a las de los modelos que hemos presentado más arriba. Prueba de ello es la altísima estima que le profesaban los beneficiarios directos de su labor mediadora y diplomática. Doña Marina tuvo parte importante en el éxito de la expedición de Cortés hasta el punto de resultar imprescindible en las negociaciones con los caciques principales de la región, y así lo refleja en numerosas ocasiones la crónica de Díaz del Castillo.

D. Los naufragos españoles obligados a convivir largo tiempo entre los indígenas.

Este es el caso del ya citado fray Jerónimo de Aguilar, cuya historia está bien documentada en la *Historia Verdadera* y en sus propias declaraciones durante el “Juicio de Residencia” de Cortés. Unos años antes de ser rescatado por Cortés, Aguilar se embarca en una expedición que sale desde Santa María La Antigua rumbo a Santo Domingo. Naufraga en tierras mayas y, tras ser capturado por un cacique de la región, permanece cautivo durante años en Yucatán, circunstancia que aprovecha para aprender la lengua maya hasta conseguir hablarla con gran corrección. Hernán Cortés lo localiza en 1519 en Punta de Cotoche, y desde entonces lo utiliza como intérprete en viajes sucesivos. Aguilar trabaja del maya al español, y también del náhuatl al español en *relay* con doña Marina. Ambos estuvieron presentes en las

conversaciones entre el Marqués y Moctezuma, y cabe suponer que su nivel de conocimiento de las lenguas y culturas para las que interpretaban era bastante elevado.

Consideraciones finales

Un análisis más detenido y documentado de estas incipientes labores de mediación lingüística en el Nuevo Mundo debería arrojar nuevas luces sobre una figura que, salvo raras excepciones como la de doña Marina, ha permanecido hasta ahora a la sombra de quienes ejercieron un papel protagonista.

Queda en el aire la pregunta sobre la fiabilidad de las fuentes y la de la presunta imparcialidad de las mismas. En la *Historia Verdadera* estamos ante un “observador” que narra y al mismo tiempo protagoniza los hechos, pues fue también soldado y conquistador de tierras en Nueva España a las órdenes de otros expedicionarios de mayor rango. La perspectiva del conquistador castellano ante lo novedoso del Nuevo Mundo, sus referencias y criterios de valor con los que juzga los acontecimientos difieren mucho de los que pudieron tener los protagonistas indígenas de aquel encuentro. Pero la sorpresa y el estupor de ambas partes fueron si duda equiparables, y así lo manifiestan las crónicas indígenas que califican a su vez de “bárbara” el habla de los españoles, tanto por motivos lingüísticos como socioculturales.

El intérprete, no lo olvidemos, fue el encargado de convertir ese estupor en algo tolerable. Carente muchas veces de las más esenciales referencias lingüísticas, culturales y sociológicas, debió afrontar enormes escollos que alejaron infinitamente lo tolerable de lo comprensible. Imaginemos la impresión, cuando menos surrealista, que provocaría en los nativos la mera lectura de un requerimiento en su propia lengua! o el desconcierto de un discurso tan ajeno como el de la fe cristiana (DÍAZ DEL CASTILLO, [1632] 2000: XXXVI, 151). El estudio de estas cuestiones se enriquece y completa con la versión de cronistas mestizos como Huamán Poma de Ayala, Juan Bautista Pomar, o el Inca Garcilaso en Perú, y con los escasos testimonios indígenas de la conquista traducidos hasta el momento¹. Todos ellos pueden contribuir a modelar, a través del intérprete, una visión más completa del encuentro con los españoles.

Bibliografía

ARÓSTEGUI, J., (1995) *La investigación histórica: teoría y método*, Ed. Crítica, Barcelona.

CASTILHO PAIS, C., (2000) “Los LENGUAS- Un trabajo de prospección hasta el año 1500”, V Jornadas Internacionales de Historia de la Traducción, Universidad de León, 29-31 de mayo de 2000. En prensa.

DÍAZ DEL CASTILLO, B., [1632] (2000) *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, Ed. Destin, Madrid, 2 vols, (Colección Crónicas de América).

¹ VARIOS AUTORES, [1959] (1997) *Visión de los vencidos: relaciones indígenas de la conquista*. UNAM, México, 13ª ed.

MARTINELL GIFRE, E., (1992) La comunicación entre españoles e indios: palabras y gestos, Mapfre, Madrid.

Cómo citar este artículo:

Baigorri Jalón, Jesús., & Iciar Alonso Araguás. La mediación lingüístico-cultural en las crónicas de la conquista: Reflexiones metodológicas en torno a Bernal Díaz del Castillo. *HISTAL* enero 2004. *(fecha en que se consultó este artículo)* <dirección de URL>

HISTAL